

UNA CONJETURA ACERCA DE LAS CIUDADES UNIVERSITARIAS EN EL AÑO DOS MIL

por STEPHEN R. GRAUBARD

El presente ensayo de conjetura está dirigido a describir instituciones ahora existentes cuyo carácter puede verse significativamente alterado en los próximos cuarenta y cinco años. En las décadas venideras, podemos esperar ser testigos del establecimiento de un nuevo tipo de universidades (algunas con nombres familiares y aun antiguos) en un nuevo tipo de contornos urbanos; a ello, he querido llamar "ciudades universitarias"¹. No del modo como éstas existen ahora. Los residentes de Cambridge o de Berkeley imaginan a veces vivir en uno de tales lugares; aquellas personas que habitan en Nueva York o Chicago sólo muy raramente se permiten una tal ilusión. En el sentido en que utilizo el término *ciudad universitaria*, resulta éste inaplicable a cualquiera de aquellos centros urbanos. Cambridge, Berkeley, Chicago y Nueva York, son todos albergues mayores de comunidades universitarias del mismo modo que Bloomington, Ann Arbor, Madison y New Haven, pero no son ahora (y algunos no llegarán a serlo) ciudades universitarias.

¿Qué será entonces la ciudad universitaria del año 2000? Esencialmente será un área urbana de cierta dimensión e importancia económica que acogerá un número significativo de poderosas instituciones educacionales, ampliamente definidas. Estas instituciones van a cooperar de un modo hasta ahora sólo oscuramente percibido. Para una ciudad universitaria en desarrollo, debe existir una continua relación entre las instituciones de enseñanza, pública y privada. Por otra parte, la influencia colectiva de estos cuerpos debe ser mayor que la de todo otro grupo corporacional en la ciudad.

Mi intención puede precisarse más si me detengo en el caso de las ciudades norteamericanas tal como ellas existen hoy día. Muchas de ellas pueden ser calificadas, desde mi punto de vista, como *Ciudades-compañía* (*company towns*). Su organización económica y social testimonia la abrumadora perpetración de alguna actividad particular, generalmente comercial, pero nunca de actividades primariamente educacionales o intelectuales. Esto es más conspicuamente evidente en nuestras

¹*University-Cities*, en el original inglés. No obstante la traducción directa de este término es *ciudades-universidad*, se ha preferido usar el término ciudad universitaria (*university city*, en inglés)

por cuanto se adecua mejor a la idea castellana de estas instituciones.

ciudades balnearios. Aun cuando la economía de Miami no está fundamentada únicamente en el sol y el oleaje, ambos fueron considerados, súbitamente, cualidades indeseables para los veraneantes, de lo cual se podrían inferir serias dificultades para la ciudad. Por mucho que pueda imaginarse a sí mismo Washington como el Londres o el París de América, en el hecho se parece más a Ottawa o Canberra que a las viejas capitales europeas. ¿Por qué? Porque es una “ciudad-compañía”, su función es esencialmente gubernamental. La presencia de museos, universidades, institutos de investigación y otros, no pueden alterar la preocupación fundamental de Washington, sus planes e intenciones y la oposición que ellos producen están calculados. El “asunto” de la ciudad es el gobierno, lo mismo que el asunto de Detroit es la manufactura de automóviles.

Cuando vemos las grandes ciudades —Nueva York, Los Angeles, Chicago— encontramos economías considerablemente más diversificadas; estos lugares en verdad “saben” a ciudades europeas. ¿Sería errado o no, sin embargo, sugerir que allí todo está relacionado a las empresas comerciales e industriales, a la compra y a la venta, a la producción y al intercambio? Estas ciudades se precian justificadamente de sus sobresalientes universidades; no es de ningún modo denigrante para las ciudades, o para sus universidades, suponer que las instituciones educacionales no *dominan* en esas grandes y populosas áreas. Cuando decimos que Du Pont domina Washington, el sentido de esta afirmación es claro. No expresa una verdad estadística; más bien, sugiere una forma de influjo que no puede ser negado. En el mismo sentido, Nueva York —inconmensurablemente más complejo— es dominado por las leyes, la banca, las publicaciones, el comercio, la fábrica, los avisos comerciales y otras cosas semejantes. ¿Qué tienen ellas en común? Ellas son en su esencia empresas de negocios; su fin es la ganancia. Hay otras instituciones en Nueva York —universidades, museos, bibliotecas, hospitales— cuya razón de ser no es primariamente comercial, pero ellas no dominan la ciudad.

Alrededor del año 2000, sin embargo, la función de ciertas ciudades en América será la educación, en el más amplio sentido. Estas ciudades serán tan diferentes de las ciudades comerciales, industriales y gubernamentales de hoy día, como las ciudades modernas lo son de las aldeas catedrales de la temprana sociedad europea. Si estoy en lo cierto al creer que unas pocas ciudades de esta suerte se establecerán en los Estados Unidos por el año 2000, ello no debe ser visto como un desplazamiento de las ciudades existentes. Ellas coexistirán, pero implicarán un tipo diferente de requerimiento para un creciente segmento de una sociedad americana incrementadamente móvil.

¿Por qué razón podría ser anticipado un desarrollo tal? La respuesta más fácil estribaría en que la educación, la salud y el descanso se transforman siempre en

“grandes asuntos”. Resulta tan razonable esperar que las actividades relativas a estas materias se centren en unas pocas grandes ciudades como lo fue para tales poblaciones el hecho de desarrollarse en el sentido en que lo hicieron cuando la fábrica y el comercio de productos industriales especializados fueron conocidos por primera vez. Aquellos que querrían apuntar hacia la dispersión de la industria en los últimos años podrían encontrar fallas en este argumento. Para ellos, la dispersión ofrece el “nuevo modelo” de todo desarrollo institucional.

Se podría sostener también que en cuanto a la salud y la educación necesitan ser universales, uno puede esperar lógicamente que se establezcan en muchos lugares instituciones altamente calificadas. Quienes argumentan en este sentido creen que es posible que veinte, veinticinco o más poderosos sistemas de estado universitario, cada cual en cooperación con otras instituciones educacionales, se hayan establecido por completo el año 2000. Comenzará a existir una nueva forma de “igualdad educacional” entre estados. A partir de fondos federales se pondrá en acción indudablemente una gran influencia en todo desarrollo educacional futuro —tanto en la universidad como en otros niveles— lo cual parecería dar sustento a la idea de una proliferación y dispersión de las facilidades educacionales.

Si las ciudades universitarias —en el sentido en que yo uso el término— dispusieran de un generoso aporte de fondos públicos, su existencia no tardaría mucho. No obstante, no concibo de esta manera el desarrollo de estas ciudades; más bien las veo como resultado de una incrementada vigilancia por parte de muchas instituciones educacionales, públicas y privadas, de sus interrelaciones e interdependencias. Sólo cuando el director del museo, el presidente de la universidad, el administrador del hospital, el técnico computador, el científico laboratorista y el organizador de una “nueva industria”, reconozcan sus intereses comunes —y comprendan por qué ninguno de ellos puede comprometerse en una actividad periférica en desmedro del interés del otro— se tratará del comienzo de un tipo de cooperación que puede con el tiempo crear la ciudad universitaria. No se trata de que uno de ellos sirva al otro, sino de que cada uno persiga un juego de objetivos comunes que deban, de buen o mal talante, ser definidos ampliamente como educacionales.

Esto implica algo más que un llamado a la cooperación entre las así llamadas instituciones de educación superior. Va mucho más allá que admitir el hecho de que ninguna universidad, por rica y poderosa que sea, pueda pensar en ofrecer instrucción en el amplio rango de materias juzgadas importantes. En la medida en que las universidades definan la cooperación en términos de correlación de estudios, imaginando que la necesidad consiste en proporcionar a los estudiantes un intercambio de privilegios, las implicaciones del concepto de “interdependen-

cia" se perderán. Lo que se requiere no es sencillamente que las universidades cooperen unas con otras, sino que vean la manera cómo relacionar sus instituciones con aquellas que no están formalmente constituidas como "universidades" pero que funcionan como tales en algunas de sus actividades. La instrucción permanecerá como una ocupación central de la universidad. A poco andar, se reconocerá en ello una nueva dimensión.

La presente mixtura que se produce en la población universitaria —en su mayoría subgraduada y predoctoral o preprofesional— cambiará dramáticamente en los próximos treinta y cinco años, al menos en las ciudades universitarias. Allí, un gran número de jóvenes postdoctorados y profesionales adultos de todas las edades se congregarán por períodos largos o cortos. Con lo cual se estará buscando algo completamente diferente a lo que hoy día llamamos "educación continuada". Mucho antes del año 2000, un hombre de negocios estará capacitado para aprovechar su año sabático tanto en una universidad como en viajes o deportes. Cuando hombres y mujeres no juzguen demasiado irrazonable proseguir dos o tres carreras diferentes sucesivamente. La ciudad universitaria proveerá de estímulos (y de instrucción) para hacer posible tales proyectos.

Las ciudades universitarias harán atractivas una gran variedad de industrias, muy particularmente aquellas que dependen en una importante medida de ciertos tipos de competencia profesional. El desarrollo de la vistosa y altamente sofisticada industria en Boston, alrededor de la ruta 128 —con su proximidad a M. I. T. y Harvard— será visto como un temprano prototipo de una clase de empresa comercial en vía de ser acrecentadamente común. Entre tales industrias, instituciones educacionales, institutos de investigación, establecimientos médicos y científicos, y cuerpos culturales de la mayor variedad, se establecerá un eslabón cerrado. Los hombres y las mujeres comprometidos en una de ellas reconocerán su parentesco con la otra. El concepto de "mi universidad" o "mi museo" se hará cada vez más extraño. Cada institución admitirá una especie de mayordomía colectiva. Los viejos instrumentos de control, ya sea a través de un tenedor de bienes o a través de propietarios corporacionados, pueden mantenerse a perpetuidad, pero no reflejarán por mucho tiempo los valores administrativos, comerciales estéticos que eran comunes cuando estos cuerpos estaban más conscientes de la propia independencia.

Estas nuevas relaciones servirán para inculcar un nuevo tipo de orgullo cívico. Las ciudades universitarias diferirán en grado sumo. Algo de esa diferencia se reflejará en la gran variedad de tratos cooperativos que habrán de ser concertados, fuera de expresar la interdependencia establecida. Aunque la idea de servicio estará en primera línea, ella estará premunida de un nuevo sentido. El objeto no consistirá sencillamente en *servir* a la ciudad, en el sentido de atender sus problemas,

controlar la contaminación del aire, el crimen, etc., más bien consistirá en demostrar la primacía y la necesidad de cierto tipo de esfuerzos intelectuales. Esas muchas instituciones que existen ahora en la periferia de las ciudades —y que sirven por tiempo limitado a elementos relativamente selectos de la población— serán reconocidas como centrales.

Si bien la ciudad universitaria será escasamente parecida a la ciudad de hoy día, las universidades en aquellas ciudades manifestarán cualidades que reflejen los nuevos tipos de experimentación corrientes entonces. El ingreso a una universidad particular por cuatro o más años no ocurrirá allí tan frecuentemente como sucede en nuestros días. Los estudiantes de creciente movilidad, pasarán períodos en varias universidades.

En uno u otro tiempo, muchos elegirán vivir en una de las más grandes ciudades universitarias. Un estudiante comenzará su educación superior en un pequeño colegio, dejará después un tiempo para permanecer un período en una ciudad universitaria, emigrar a otra, y proseguir su profesión en una tercera. No es improbable que muchos de los hombres y mujeres mejor dotados permanezcan parte de sus vidas en una de las grandes ciudades universitarias. El papel del estudiante será un tanto más anómalo que el que aquí se presenta. Dado que muchas personas de edades variadas y en diversas etapas de sus carreras profesionales proseguirán estudios universitarios, habrá menos disposición a pensar en las universidades como en el principal habitat de los adolescentes maduros y de los adultos jóvenes.

En las ciudades universitarias, la facultad no existirá como una corporación aparte. Sus relaciones con otros grupos profesionales serán más regulares. Desde el momento que Londres estará a horas de distancia de Nueva York, los estudiantes y los profesores dividirán su tiempo entre varias ciudades universitarias, enseñando y estudiando en forma regular en el país y fuera de él. Este perpetuo ir y venir causará aún más dificultades de lo que ahora sucede con la creación de alrededores adecuados para la contemplación y la reflexión. El incesante bullir de las ciudades universitarias no será bien acogido por todos los escolares; muchos procurarán seguir sus estudios en el mayor aislamiento —aun en retiros rurales. La gran mayoría, sin embargo, aceptará los inconvenientes y encontrará atractivas las cualidades intelectuales y sociales de la ciudad. Las ciudades universitarias se erigirán en los principales centros del esfuerzo creador y artístico. Ellas darán sustento a tales dotes no sólo en la medida en que proporcionarán mercado amplio para sus productos.

Del modo cómo tales instituciones y ciudades se relacionarán a aquellas que se conservan como las más tradicionales entidades separadas, es cosa difícil de saber. No se excluye que las nuevas ciudades universitarias serán vistas con alarma por

muchos que prefieren el orden institucional tradicional. Las virtudes de la "independencia" y "el gusto por lo pequeño" están demasiado poderosamente representadas en la tradición americana como para dejarlas de lado fácilmente. No es efectivo de ninguna manera que, ya sea el Gobierno Federal o el gobierno de algunos de los estados vaya a reconocer la necesidad de tales ciudades o que vaya a tomar parte en su construcción. Algunos pueden creer, erradamente, que lo que se solicita son "nuevas construcciones", cuando en el hecho de lo que se trata es de "nuevos puentes" entre las instituciones existentes. Se requiere más urgentemente la reconceptualización de los intereses comunitarios y la liberación de energías, ya demasiado estrechamente ligados a las instituciones simples. Al menos éstas son reconocidas como respuestas para necesidades individuales y sociales, en el plano de una pequeña perspectiva que las ciudades universitarias van a desarrollar. Si la educación, en el amplio sentido, va a emerger como la mayor actividad en un número de centros urbanos, ello puede ser cumplido solamente mediante una dramática reformulación de lo que la idea de educación implica en una sociedad industrial avanzada. Cuando un creciente número de hombres y mujeres consideren el trabajo como una fuente de entradas, pero también como una condición para la ejercitación completa de la personalidad, donde el límite entre el descanso y el trabajo se haga crecientemente indistinto, donde la definición de una institución cultural sea considerablemente ampliada de manera que incluya muchos cuerpos los cuales no serían hoy juzgados como "culturales", donde el deslinde entre educación, salud (física y mental) y descanso sea deducido de otro modo, ahí habrá entonces una perspectiva para la creación de un nuevo tipo de universidad en un nuevo tipo de contornos urbanos.